

POEMAS:

## SANTILLANA DEL MAR

¿Del mar o de la montaña  
es Santillana del Mar?  
Del mar nos dice su nombre.  
El monte es sólo un cantar.

Rincones, sombras, esquinas  
y piedras: síglo a sembrar.  
Por las calles y callejas  
almas puestas a secar.

Las horas cierran silencios  
en Santillana del Mar.

## SHIRI-MIRI

A. Adolfo Muñoz Alonso.

Angeles grises: agua.  
Palabras ya caídas  
sobre la hierba. Viento  
mojado. Con la vida  
va vertiéndose el cielo  
casi tierra. Con alma  
temblando. Por la herida  
sólo Dios. Cierra el libro  
que tiene abierto el mar  
de madrugada. Día  
que no nos ve.

Melancolía.

Jesús DELGADO VALHONDO

CRONICAS de VALLE VERDE

## El Aplicoso



La Polda - Leopolda en la fe de bautismo - se puso mala y como a las dos semanas la enfermedad no cediese, sino que ella se notaba ir a peor de día en día, le dijo a su marido:

-Digo yo, Nicanor, que habrá que llamar a don Siviliano, que yo no me gusto na.

Tío Nicanor gruñó algo acerca de las personas antojadizas que siempre andaban dando incumbencias y se fué a buscar al médico. «Verás que dineral hay que echar ahora en botica» - iba pensando tío Nicanor, dado a todos los demonios.

Llegó don Siviliano, encontró muy débil a la Polda y dijo al marido que era menester darle caldo de gallina. Ahora bien: tío Nicanor, aunque era de los más ricos de Valle Verde, no tenía gallinas, a causa de que las gallinas tenían picos. Porque había que ver lo que tiraba un animalito de aquéllos, con ser tan chicos. Y luego que teniendo gallinas, pues lo que pasa: Una vez se siente la tentación de comerse un huevo y se gasta aceite y sal y lumbre y jabón para fregar los cacharros... Vamos, que el vicio se mete por cualquier parte y tío Nicanor, como no quería vicios ni despilfarros, pues no tenía gallinas.

Así pues, se echó a buscar una por el pueblo, para preparar el caldo a su mujer. Pidieron precio, se escandalizó, rebajaron, tiró de la cuerda, se escandalizaron los otros... Finalmente, la cosa estaba en una perra chica. Le pedían seis reales y él daba cinco y cuatro perras. Pero una perra chica más dura de pelar que un cancho de la garganta. No había medio de rebajarla y después de haberse recorrido todo el pueblo, tío Nicanor llegó a la conclusión de que querían explotarle y enriquecerse a costa suya. «Saben que tengo a la mujer mala, que precisa un caldo y piensan que me van a sacar un riñón prevaliéndose de mi ajogo. Ahora que de mí no se aprovecha nadie. En La Talaruela las cosas están más baratas. En una hora voy y vengo y por lo menos tres perras, me las gano».

En vista de lo cual tomó el portante hacia La Talaruela. Al salir del pueblo se quitó las botas, las ató por las majuelas y se las echó al hombro. No era cosa de invertir en suelas lo que se ahorraba en la gallina. A tirar del pellejo, que no costaba perras.

A tío Nicanor le llamaban en Valle Verde el aplicoso. Eufemismo

muy sutil, puesto que se trataba de un hombre que de mísero y agarrado no había por donde cogerle. Rico, con sus buenas tierras y ganados y bestias y casas y perras, sin hijos... y se iba descalzo a La Talaruela por una perra chica. Y bien contento además, pensando que se iba a economizar, por lo menos, otras dos. «Y a lo mejor saco un real... o vaya usted a saber»—pensó tío Nicanor. Porque la gente de La Talaruela pasaba por manuable y simplona; que se la podía engañar fácilmente, vamos. Con tan risueñas perspectivas se le alegró la cara y su paso se hizo más ligero.

Aplicosillo era el hombre. Y desde bien chico. Cuando, de muchacho, alguien durante las fiestas le daba una perra, la clausuraba en su mano, o la envolvía en el pañuelo, para conservarla en buen recaudo. Y a pesar de que estaba como embobado ante el puesto de tía Zeliberta, nada de cambiar su perra por una golosina o un juguete.

—Anda, Nicanor, hombre, cómprate algo que te guste—le decía el dadivoso.

Nicanor, preservando su tesoro, escondía la mano tras la espalda, como si temiese que se lo fueran a quitar. Tía Zeliberta, sirena de maravilloso canto, trataba de envolverle con sus efluvios irresistibles.

—Coge lo que quieras, hijo. ¿Un confite pa chupal gloria bendita? ¿Una revolandera guapa? ¿Un pito que toca mejol que la colneta del rey? Anda, clavel encendió, coge lo que tú quieras.

Nicanor apretaba los dientes y sudaba, como debió sudar Ulises atado al mástil de su nave frente a la isla de las Sirenas. Pero resistía heroicamente, sin ceder a la tentación. Y si le forzaban a explicarse, decía:

—Te compras un confite, te lo comes ¿y qué?: te compras una revolandera, te se rompe ¿y qué?: te compras un pito, te se atranca ¿y qué?

Total: Lo único que no tenía ¿qué? era amartillar la perra.

Cosas como ésta se contaban de él a porrillo. Cuando estuvo en el servicio se trajo íntegras las sobras; ni un céntimo se había gastado en Madrid en todo el tiempo de la mili. Si tenía que echar una carta salía de noche de su casa, sigilosamente y la echaba en el buzón sin que le viese nadie; así se ahorraba el sello. Botas, usaba siempre de número dos o tres veces mayor que el suyo, pero como costaban lo mismo y tenían más material... En casa, cómo andarían que la mujer tenía que llamarle Nica. Porque decía él:

—Si se entiende lo mismo, ¿pa qué andal gastando tanta letra?

En fin, que era un verdadero caso y que sacar un cuarto del bolsillo le costaba fatigas de muerte.

Llega nuestro hombre a La Talaruela, desemboca en la plaza por la calle Real y se encuentra con un grupo de conocidos que le saludan amistosamente.

—¡Hombre, Nicanor, chacho, cómo tú por aquí?

—Pos ya veis: A melcal una gallina.

—Pero, hombre... ¿Es que se han descastao las gallinas en tu pueblo pa que tengas que venir a merclarlas aquí?

Tío Nicanor contó una fábula que se había maquinado por el camino, tendiendo a buscar una explicación lógica y a depreciar la mercancía: En Valle Verde había más grano, las gallinas se cebaban mucho y daban unos huevos de yemas muy fuertes que le empachaban. Quería probar con una gallina de La Talaruela, que como se criaban en la calle, a lo que salía, siempre, claro, eran más flojas de carnes y las yemas menos espesas. Sobre el particular, hubo su polémica entre tío Nicanor y los talaruelinos, hasta que por fin uno de éstos dijo:

—Con que más flojas, ¿eh? Te vas a llevar una de las mías, a ver que tiene que envidiar a denguna, coime.

Que era, precisamente, lo que buscaba tío Nicanor, a pesar de que meneaba la cabeza, haciendo patentes sus reservas mentales.

—Lo que es eso... Pero, bueno, me la llevaré por dalte gusto... si es cosa puesta en razón. ¿A cómo me la vas a poner?

Y el otro, picado en el amor propio:

—A na. Te la llevas, catas los huevos y cuando veas cómo salen me la pagas tú por su válida.

Tío Nicanor tuvo que contenerse para no empezar a dar saltos de alegría. ¡Tenía gallina de balde! ¡Qué bien había hecho en no dejarse estrujar y cómo había sabido engañar a estos bobaleas!

—Bueno, pos vamos a por ella.

—Pero no sin antes echar el alboroque. ¿No hemos hecho un trato?

Tío Nicanor arrugaba ya el ceño. «A ver si se va a creer éste que voy a echar en vino la válida de la gallina». Pero el otro añadió:

—Yo convido...

Ah, siendo así... Vamos, decir que no era como tirarlo y tío Nicanor antes se habría dejado sacar túrdigas de pellejo que tirar él nada. Aceptó, por lo tanto, un vaso y luego otro, y otro y más... Todo de bóbilis, por supuesto. Se acordaba de su mujer en la cama, esperando el caldo recetado por el médico y se decía: «Tengo que volver de camino...» Pero entonces cualquiera de los presentes gritaba al tabernero:

—¡Echa otra por mi cuenta!... Y pon también unos tasajillos...

¿Cómo lo iba a desperdiciar? Y que se le tomaba gusto al vinillo, se pegaba al paladar...

Cuando salieron de la taberna era ya bien de noche y estaban todos calamocanos o curdas perdidos. El que más tío Nicanor, porque como tenía siempre el cuerpo de vacío por no enviarse... Agarrado al dueño de «su» gallina—pues no borracho, sino muerto y bajo tierra tendría que haber estado para separarse de él—, se echaron ambos a la calle, dando traspiés y vociferando coplas. De vez en cuando, entre las nieblas que abrumaban la cabeza de tío Nicanor, aparecía la imagen de su mujer enferma, esperando su caldo. Entonces le decía al otro:

—Tú, la gallina...

—¡Deja la gallina, coime! ¿No hay tiempo de dir a por ella?

No sería menos de media noche cuando entraron en el corral y,

después de no poco estrépito, el talaruelino consiguió echar el guante a la más rozagante de sus gallinas.

— ¡Ahí la tienes, coímel! ¡A ver si hay otra que la mejore en tu pueblo!

A pesar de su borrachera, tío Nicanor reconoció por dentro que no. ¡Chacho, qué gallina!... ¡Si parecía un pavo! En cuanto la tuvo se desprendió del otro y cogió el camino de Valle Verde, con su ave atada por las patas y colgada del hombro. ¡Y que iba poco contento! Una gallina como un pavo y de gratis! Dando tumbos y trompicones, berreaba tío Nicanor, lanzaba jijos estentóreos, pegaba saltos de alegría. ¡Tenía su gallina... la mejor gallina del mundo y de balde...! ¡Si con esto no sanaba su mujer... maldita sea. tener que malbaratar para caldo su gallina, por aquella caprichosa, gastosa, lam'znera..!

En uno de los brincos gozosos, con lo volandera que llevaba la cabeza y lo inseguro de las piernas, perdió el equilibrio... y barquinazo que te crió Pero barquinazo en blando, porque había caído sobre hierba. Tan en blando fué que cuando quiso levantarse los miembros no le obedecieron, le invadió un pesado sopor y se quedó el hombre tendido cuan largo era, esparrancado y durmiendo la mona a ronquido limpio.

No se despertó hasta que el sol, picándole en los ojos le obligó a abrirlos. ¿Eh... que era aquello... dónde estaba? La gallina, bien amarrada por las patas rebulló las alas al moverse tío Nicanor y entonces éste volvió a la realidad, de la que tan dulce y felizmente se había divorciado aquella noche, durmiendo bajo las estrellas.

Lo primero que le vino a la imaginación fué su mujer mala, esperando desde la mañana del día antes su caldo. Se incorporó tío Nicanor y emprendió un trote coreado por la gallina con aletazos y cacareos. ¡Pero si era ya cerca de mediodía! Claro, le había cogido un árbol quitándole el sol...! ¡Y qué trúpita se había agarrado en la Talaruela! ¡Buen vinillo! ¡Y de balde, vino y gallina...! ¡Que no eran poco partochos los talaruelinos!

Iba ya pensando que era un desatino matar aquel bicho para caldos—¿enfermedad? ¡Vicio y nada más que vicio, era lo que tenía aquella golosa!—y que si la cambiaba por otra más chica, sacando el plus o vendía los huevos... No, pues de cambiarla le tendrían que dar dos por ella... O una y la válida de otra y así tendría perras y gallina... Y a seis reales y perra, ni un chico menos, porque su gallina...

En esto, enfilaba ya su calle y se acercaba a su casa. A la puerta había un pelotón de gente. ¿Qué es lo que pasaba? Tío Nicanor moderó su paso y se fué acercando lentamente. Los del pelotón, cuando le vieron, se echaron silenciosamente a un lado, abriéndole calle. Llegó entre ellos hasta el portal, abierto de par en par y se quedó frente a él, con un brazo torcido hacia arriba para sostener la cuerda de la gallina, colgada de su hombro.

En la corcasa estaba su mujer. Pero de cuerpo presente, encajada en su ataúd, entre velones, con las manos cerúleas cruzadas sobre

el regazo. Se había muerto aquella noche y como nadie sabía el paradero de su marido... Las campanas doblaban.

Tío Nicanor permaneció un buen rato sin resollar, sin moverse, la boca apretada, contraído el ceño, de frente a la caja donde yacía su mujer. Por fin habló. Se dirigió a la muerta:

—Pero... ¿y estas tenemos ahora? ¿Estas tenemos? ¿Y pa esto me he corrió yo las témporas pol buscalte una gallina? ¿Y pa esto tantas incumbencias... pa salir ahora con esto... con la gallina que te traigo... la mejor de to el partido...? ¡Amos, que...!

Y tirando del hiscal exhibía el ave ante la difunta, a fin de que la Poldá pudiese apreciar el despilfarro que había cometido por no saber resistir al capricho de morir.

ANTONIO PEREZ SANCHEZ

## SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestro de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.

2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.

3.—*Desde la lejanía* (Poemas), por Alfonso Albalá Cortijo.

4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte.

6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.

7.—*Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*, por José Luis Cotallo.

8.—*Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)*, por Francisco Elías de Tejada.

9.—*Poesías selectas de Angel Marina*, por Fray Enrique Escribano.

10.—*Guía Histórico-Artística de Cáceres*, por Antonio C. Floriano Cumbreño.

11.—*De Extremadura, Retablo de poesía popular*, por Juan Solano.